

CUADERNO DE ESTUDIO Y REFLEXIÓN

TETZAVÉ

12 preguntas para plantear en la mesa de Shabat

Doce preguntas tomadas de la clase del Rav Raphaël Benizri
«Tetzavé: la elevación de uno mismo»: el santuario no es ante
todo un lugar de expiación, sino un lugar donde el hombre se
eleva. Por qué el nombre de Moshé se borra en ella, por qué solo
el hierro queda excluido, y por qué el kohén debe subir tres
escalones para encender una lámpara a la altura del hombre.



Rav Raphaël Benizri

Índice de temas

Temas de reflexión y preguntas para compartir en la mesa de Tetzavé

-
- | | |
|----|--|
| 01 | Una idea que se convierte en morada |
| 02 | Lo que se da es lo que se guarda |
| 03 | Todo, menos el hierro |
| 04 | La pequeña montaña, respuesta al Sinaí |
| 05 | El único sacrificio que un extranjero no podía ofrecer |
| 06 | Recetas de espiritualidad |
| 07 | Un nombre que falta |
| 08 | El altar que falta en la lista |
| 09 | El tercio, el cuarto, el quinto |
| 10 | El rico no podía dar más |
| 11 | Los príncipes que llegaron demasiado tarde |
| 12 | Tres escalones para una lámpara a la altura del hombre |
-

Una idea que se convierte en morada



PRESENTACIÓN

Con el santuario, dice el Rav, llegamos al término de la creación del mundo. D-os dio al hombre un universo; el hombre le ofrece a cambio un pequeño santuario. Y este santuario tiene muebles: una mesa, un candelabro, un arca.

LA PREGUNTA

¿Por qué la creación solo se completa cuando el hombre le hace a D-os una morada aquí abajo — y qué tiene que ver con ello nuestro deseo de tener un hogar propio?

LA RESPUESTA

«Me harán un santuario y residiré entre ellos» (Shemot 25:8).

Mientras el hombre no haya sentido la necesidad de vivir con D-os en esa intimidad espiritual, explica el Rav, la morada aquí abajo que el Creador quiso desde el origen mismo de la creación no se realiza. Sin este descenso al mundo de la realidad, al mundo de lo palpable, la noción de D-os habría quedado como una idea pura, sin ningún vínculo con la realidad del mundo.

Ahora bien, nosotros mismos tenemos un deseo profundo de tener un hogar, de realizarnos en nuestro pequeño universo, en nuestra intimidad, personal o familiar. Y siempre estamos perfilando la manera en que vamos a amueblar nuestra vida interior. Esta intimidad alcanza un nivel sublime cuando la realizamos con el infinito.

En el santuario están la mesa, el candelabro, el arca, que es también la biblioteca. Encima del arca está la imagen de una pareja que permanece a la escucha de la palabra del absoluto, mirándose ambos constantemente cara a cara, cada uno estando en el otro. Esto es lo que hace la plenitud del hombre, y lo que hace que D-os esté satisfecho de su morada, porque responde a sus aspiraciones profundas.

CONCLUSIÓN DEL RAV

Sin este descenso al mundo de aquí abajo, la noción de D-os habría quedado como una idea pura, sin ningún vínculo con la realidad del mundo.

LECCIÓN PARA LA MESA

Cada uno cuida su casa a su manera. ¿Qué hace de nuestra casa algo más que un refugio: una mesa, una luz, unos libros? Y en nuestra pareja, ¿sabemos todavía mirarnos cara a cara, a la escucha de algo más grande que nosotros?

Lo que se da es lo que se guarda



PRESENTACIÓN

Para construir el santuario, D-os no pide ni un impuesto ni una tasa, sino una terumá. Y el texto no dice «daréis»: dice «que tomen para Mí una ofrenda».

LA PREGUNTA

Si el santuario no es ante todo un lugar donde se borran las faltas, ¿qué se toma exactamente en él creyendo dar?

LA RESPUESTA

«Que tomen para Mí una ofrenda; de todo hombre cuyo corazón lo mueva, tomaréis Mi ofrenda» (Shemot 25:2).

El santuario, dice el Rav, no es a priori un lugar de sacrificio. No es un lugar donde quitarse de encima los pecados que se cometen, los errores que se han hecho, ni donde ponerse al día. Es ante todo un makom, un lugar de elevación de uno mismo. Por eso D-os, cuando pide una entrega de sí, habla de terumá: terumá es hitromemut, la elevación.

Y en esta elevación, en realidad no se da. Todo lo que se da es lo que guardamos para nosotros mismos, lo que hemos invertido para nosotros mismos. Esa es nuestra única adquisición, porque todo lo demás se pierde. Por eso el versículo no dice «daréis vuestro donativo», sino «tomaréis»: aprovecharéis vuestra inversión.

Hay una santidad en el tiempo, que nos fue dada por el Shabat: es D-os quien santificó el Shabat, somos nosotros quienes santificamos las fiestas. Hay un deber de santificar la vida del hombre: D-os ofreció sus elementos, a nosotros nos toca realizarla. Y hay una santidad en el espacio: la morada de nuestra vida, que cada uno imagina según sus exigencias, pero que un mismo espíritu nos lleva a realizar.

CONCLUSIÓN DEL RAV

Esa es nuestra única adquisición, porque todo lo demás se pierde.

LECCIÓN PARA LA MESA

A menudo medimos nuestras donaciones por lo que nos cuestan. Que cada uno diga qué dio este año que, en realidad, lo hizo crecer. ¿Qué, de todo lo que poseemos, no se perderá nunca?

Todo, menos el hierro



PRESENTACIÓN

El santuario se construye con el dinero que se gana fuera, y llega de todas partes. Un solo material queda excluido. Ni siquiera se puede acercar el hierro a las piedras del altar para pulirlas.

LA PREGUNTA

¿Por qué este rechazo absoluto del hierro, cuando ningún otro metal, venga de donde venga, queda excluido del santuario?

LA RESPUESTA

«Si Me haces un altar de piedras, no lo construyas de piedras talladas, porque al alzar tu hierro sobre ellas las profanarías» (Shemot 20:22); la estatua del sueño de Daniel (Daniel 2:32-33).

Esta intimidad con D-os, explica el Rav, quisiéramos que fuera exclusiva; pero la realizamos con el dinero ganado fuera. Puede venir del mundo egipcio, del oro y la plata de Egipto, de la cultura persa, de la cultura griega. Todos estos pueblos pueden contribuir a la realización del santuario. No rechazamos a nadie.

Uno solo queda excluido. En el sueño de Daniel, cuatro potencias aparecen a través de una estatua: una cabeza de oro, un pecho de plata, unas caderas de bronce, unos pies de barro. Lo que se podía aportar al Templo era el oro de Babel, la plata de Persia, el cobre de Grecia. Pero el acero, apenas lo hay.

Ni siquiera se podía acercar la espada o el hacha para pulir las piedras del Templo. Porque las armas estaban hechas de ese material, y el Templo representaba precisamente todo lo que podía encarnar la serenidad y la alegría de vivir.

CONCLUSIÓN DEL RAV

El Templo representaba precisamente todo lo que podía encarnar la serenidad y la alegría de vivir.

LECCIÓN PARA LA MESA

Acogemos de buena gana lo que viene de fuera cuando nos enriquece. Pero ¿qué «hierro» dejamos entrar en casa: una palabra que hiere, una disputa, un arma escondida bajo la discusión? ¿Qué habría que apartar para que nuestra mesa encarne la serenidad?

La pequeña montaña, respuesta al Sinaí



PRESENTACIÓN

En el sueño de Daniel, una piedra golpea los pies de barro de la estatua — Roma, dicen nuestros sabios. Toda la estatua se derrumba, y la piedra se convierte en una montaña. El Rav ve en esta montaña una respuesta.

LA PREGUNTA

¿A qué responde la montaña nacida de la piedra — y por qué obreros extranjeros pudieron construir el Templo de Shlomó?

LA RESPUESTA

«Una piedra se desprendió sin intervención de mano alguna, golpeó la estatua en sus pies de hierro y de barro y los desmenuzó» (Daniel 2:34).

Esta pequeña montaña, dice el Rav, es la respuesta a la palabra Sinaí: la respuesta que el hombre aporta a la Torá. La Torá fue dada por diez mandamientos que pueden fragmentarse en setenta lenguas, en setenta llamas, incluidas las de las naciones. Una vez eliminados todos los recortes, todos los desechos, toda la chatarra, una vez presentadas las cosas en su pureza, se produce un encuentro entre la aportación de la humanidad en su conjunto y la del pueblo judío en particular. Es el encuentro de todos estos elementos reunidos lo que constituye la respuesta a la revelación de D-os sobre el mundo.

Hay pues siempre un movimiento de intercambio entre el Creador y lo creado. Por eso, cuando Shlomó construyó el Templo, hizo venir obreros del Líbano, hombres ajenos a toda la tradición y a toda la espiritualidad judías: podían participar en la edificación del santuario sin ningún problema.

Los elementos se pueden importar de todas partes, porque no hay ninguna exclusividad.

CONCLUSIÓN DEL RAV

Siempre hay un movimiento de intercambio que se produce entre el Creador y lo creado.

LECCIÓN PARA LA MESA

A veces creemos que la verdad solo puede venir de los nuestros. ¿Qué hemos aprendido de bueno de una persona muy diferente de nosotros? ¿Y cómo separar, en lo que el mundo nos aporta, la chatarra de lo que puede servir para construir?

El único sacrificio que un extranjero no podía ofrecer



PRESENTACIÓN

El santuario de Israel no estaba reservado a Israel: un no judío podía ofrecer en él un holocausto. Un solo sacrificio le quedaba cerrado, el shelamim, el que se comparte.

LA PREGUNTA

¿Qué hay que haber comprendido para poder comer delante de D-os — y por qué el mundo pagano no lo logró?

LA RESPUESTA

El sacrificio shelamim: una parte sobre el altar, una parte para el kohén, una parte comida por quienes lo ofrecen.

Del mismo modo que la creación se ofrece al conjunto de la humanidad, dice el Rav, el santuario que realiza el pueblo judío no es el lugar exclusivo de su servicio divino: es el de la humanidad entera. Por eso un no judío podía ofrecer un holocausto dentro del Templo.

El único sacrificio que no podía ofrecer era el shelamim. Es un sacrificio que se reparte: una parte va sobre el altar, una parte se da al kohén, y una parte la comen los propietarios del sacrificio en el recinto de lo sagrado. ¡Imaginen que se pueda comer delante de D-os, compartir la comida en Su presencia! Mientras el mundo pagano no haya integrado la voluntad de santificar la materia y el espacio, no puede traer este sacrificio de pacificación con la divinidad, esta intimidad compartida.

La pertenencia a la fe judía no es, pues, lo que nos arranca del resto del mundo ni del mundo de la materia, para proyectarnos en la esfera de las ideas celestiales. Del mundo de las ideas por sí solo, no se saca nada. La vida judía quiere ver la casa que se habita como un pequeño santuario, donde la mesa es objeto de santificación. Pero esto debe ser un impulso del corazón: una fe no se impone.

CONCLUSIÓN DEL RAV

Imaginen que se pueda comer delante de D-os, compartir la comida en Su presencia.

LECCIÓN PARA LA MESA

¿Nuestras comidas de Shabat son comidas compartidas en presencia de D-os, o solo buenas comidas? ¿Qué podríamos añadir a nuestra mesa — una palabra de Torá, una bendición dicha juntos, un invitado — para que se convierta en un pequeño altar?

Recetas de espiritualidad



PRESENTACIÓN

Cada uno como lo siente, cada uno como lo vive: es el ideal del impulso del corazón. Solo que, advierte el Rav, hay un riesgo. El pueblo que acababa de vivir la revelación estaba tan elevado que ya no quería oír hablar de este mundo. Cuarenta días más tarde, bailaba alrededor de un becerro de oro.

LA PREGUNTA

¿Cómo puede una espiritualidad muy elevada conducir al becerro de oro — y qué distingue una vida espiritual viva de una receta?

LA RESPUESTA

Después de Terumá, la parashá del impulso del corazón, viene Tetzavé, la parashá del orden.

El riesgo, dice el Rav, es que volvamos a caer en ciertas fantasías que superan la ficción y que, a veces, afectan incluso al orden moral. El pueblo, después de la revelación del Sinaí, estaba en un nivel tal que su adhesión a D-os se traducían en aspiraciones a las esferas celestiales. Todavía hoy se ve.

Ahora bien, hay que desconfiar de esa espiritualidad que os arranca del mundo de aquí abajo y os deja seducir por el mundo de lo desconocido. Es ella la que conduce al becerro de oro. Porque cuando se quiere volver a la realidad, en lugar de servir a D-os, se sirven recetas de espiritualidad como recetas de cocina. Se convierten en circuitos cerrados, acabados, que vuelven sobre sí mismos, sin novedad, sin elevación, sin renovación. Y eso no es el judaísmo.

El judaísmo es esto: del mismo modo que D-os renueva cada día Su creación, nos corresponde pasar revista a nuestra espiritualidad cada día, enriquecerla con nuestra experiencia y darle un impulso a medida que llegan las pruebas de la vida.

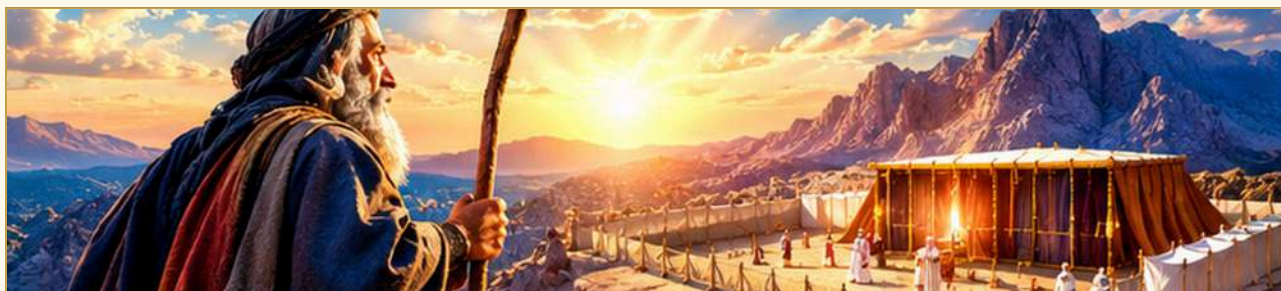
CONCLUSIÓN DEL RAV

En lugar de servir a D-os, servimos recetas de espiritualidad como recetas de cocina.

LECCIÓN PARA LA MESA

Todos tenemos nuestras costumbres religiosas, nuestros gestos repetidos. ¿Cuál cumplimos como una receta, sin pensar ya en él? ¿Y qué hemos aprendido este año, en una prueba, que podría renovar nuestra manera de rezar o de estudiar?

Un nombre que falta



PRESENTACIÓN

El santuario ocupa dos parashiot. En Terumá, el nombre de Moshé aparece constantemente. En Tetzavé no figura ni una sola vez: es Aharón quien ocupa todo el lugar.

LA PREGUNTA

¿Por qué se borra el nombre de Moshé en el momento en que se pasa de la concepción del santuario a su puesta en pie?

LA RESPUESTA

«Y tú ordenarás (tetzavé) a los hijos de Israel» (Shemot 27:20); «para que ordene (yetzavé) a sus hijos y a su casa después de él» (Bereshit 18:19).

Terumá es el impulso del corazón, donde no hay separación entre la palabra de D-os y el hombre que se adhiere a ella: eso es Moshé. Todo en él es espíritu. Su tendencia es quedarse cuarenta días y cuarenta noches en la montaña sin beber ni comer, alimentado por la ley y por la alegría de sus descubrimientos. Pero esos cuarenta días son el límite de viabilidad de un sistema de vida así: está el becerro de oro, y Moshé se ve obligado a descender para salvar al pueblo.

En ese momento ya no es Moshé quien toma el mando. Supervisa, pero el hombre central es Aharón, el kohén. Aharón está animado por el amor al pueblo; busca acercar al camino de Moshé a quienes se quedaron al pie del Sinaí y no pudieron integrar toda la enseñanza. Sus hijos heredarán su sacerdocio y el deber de educar al pueblo.

En adelante ya no se vive del impulso del corazón: lo que cuenta son los mandamientos. Tetzavé quiere decir atar, y yetzavé quiere decir educar. Se encuentra en Avraham, para que instruya a sus hijos después de él.

CONCLUSIÓN DEL RAV

Tetzavé quiere decir atar, Tetzavé quiere decir educar.

LECCIÓN PARA LA MESA

Nos gustan los impulsos y desconfiamos de las reglas. Que cada uno nombre algo comenzado con entusiasmo y abandonado por falta de disciplina. ¿Y quién, en nuestra familia, necesita un Aharón que lo acompañe más que un Moshé que le muestre la cumbre?

El altar que falta en la lista



PRESENTACIÓN

Terumá enumera todo lo necesario para construir el santuario. Un solo elemento falta en la lista: el altar del incienso. Solo aparece en Tetzavé. Ahora bien, el incienso que se quema en él contiene un ingrediente de olor nauseabundo.

LA PREGUNTA

¿Por qué el altar del incienso solo aparece con Tetzavé — y por qué el incienso es inválido sin su ingrediente maloliente?

LA RESPUESTA

«Toma aromas: nataf, shejélet y jelbená» (Shemot 30:34); nuestros sabios: la jelbená, de mal olor, se cuenta entre los aromas (Kritot 6b).

En el origen, dice el Rav, la concepción del santuario no incluía la noción de sacrificio expiatorio. Su primer elemento aparece justo después de la revelación: un altar de piedras, sin hierro para pulirlas, sin inversión de oro y plata, y sin que se descubra la desnudez al subir unos escalones. No había que permitir que el santuario se convirtiera en una manera de exponerse al público y de mostrar cómo uno se afirma frente a los demás. Era simplemente un altar, y no un instrumento de expiación.

Pero el altar del incienso, el que falta en Terumá, es aquel en el que había que poner a toda costa un elemento impuro, de olor nauseabundo, que simbolizaba al pecador y encarnaba el mal. Había que integrarlo a los demás: había once elementos, y si faltaba la jelbená, el conjunto no era válido. Es ahí donde se trata de expiar las faltas de los hijos de Israel.

Es la nueva dimensión de Tetzavé, apropiada para el hombre condicionado por leyes venidas de fuera, a las que debe someterse.

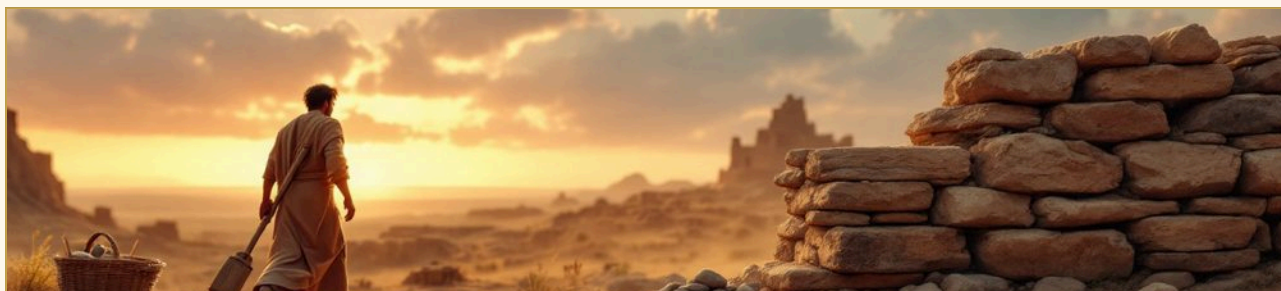
CONCLUSIÓN DEL RAV

Si llegaba a faltar este elemento de jelbená, el conjunto no era válido.

LECCIÓN PARA LA MESA

Soñamos de buena gana con grupos sin nadie que moleste. ¿Quién, en nuestro entorno, desempeña el papel de la jelbená — aquel a quien quisiéramos apartar? ¿Qué sería de nuestra familia, de nuestra comunidad, sin él?

El tercio, el cuarto, el quinto



PRESENTACIÓN

El hombre a quien se dan leyes venidas de fuera no siempre estará a su altura. Habrá extravíos, habrá negligencias. Tetzavé aporta los medios para recuperarse. Pero el Rav va más lejos: redefine lo que cuenta en una vida espiritual.

LA PREGUNTA

Si casi nunca terminamos lo que emprendemos, ¿qué es lo que cuenta de verdad en la vida espiritual?

LA RESPUESTA

«El altar del incienso... Aharón hará la expiación sobre sus cuernos una vez al año» (Shemot 30:10).

Hay medios para reparar nuestras faltas, dice el Rav, para no hundirse en la desesperación y no abandonar lo que se ha emprendido. Porque lo importante en la vida espiritual no es lo que se ha hecho, no es el deber que se ha terminado. Nunca se ha terminado: a veces por falta de tiempo, a veces por falta de medios.

Lo importante no es el acto que se ha terminado, que se ha realizado. Es la determinación con la que se han hecho las cosas. Se hizo el tercio, se hizo el cuarto, se hizo el quinto: poco importa.

Lo esencial es que uno se comprometió, que se involucró en esta empresa espiritual. Dará sus frutos. Los hijos la continuarán, los discípulos la continuarán, los amigos la continuarán. Eso es, en suma, lo que importa en el santuario.

CONCLUSIÓN DEL RAV

Se hizo el tercio, se hizo el cuarto, se hizo el quinto, poco importa. Lo esencial es que uno se comprometió.

LECCIÓN PARA LA MESA

A veces abandonamos un proyecto porque no podremos terminarlo. ¿Qué estudio, qué mitzvá, qué buen hábito hemos dejado por esa razón? ¿Y quién, a nuestro alrededor, podría continuar lo que nosotros hayamos comenzado?

El rico no podía dar más



PRESENTACIÓN

Tres donaciones construyeron e hicieron vivir el santuario. La primera era libre, según el impulso del corazón. Las otras dos eran de medio siclo exactamente: el rico no podía dar más, y el pobre no podía dar menos.

LA PREGUNTA

¿Por qué medio siclo y no un siclo entero — y qué nos exige esta mitad respecto de quien no es como nosotros?

LA RESPUESTA

«El rico no aumentará y el pobre no disminuirá del medio siclo» (Shemot 30:15); «Amarás a tu prójimo como a ti mismo» (Vayikrá 19:18).

La primera donación era libre, explica el Rav. La segunda se refería a los zócalos, los adanim, los cimientos del santuario: había que traer el medio siclo. La tercera era la del funcionamiento, de los sacrificios: también medio siclo. Nadie podía decir que había dado más que el otro; en esta edificación, todo el mundo estaba en pie de igualdad.

El medio siclo expresa la complementariedad del hombre con su prójimo. Porque el reá, el prójimo, es aquel que es diferente de mí. Si me entiendo con una persona con la que comparto exactamente todos mis gustos y todos mis sentimientos, no he hecho más que buscar otro yo para reforzar mi ego: nunca somos dos, siempre somos uno. El reá es aquel con quien debo entenderme, aquel que va a completarme.

Y aquel que es diferente de mí por esencia es mi Creador. Amar al prójimo como a uno mismo es amar lo que es diferente de uno. Hay ahí una identidad de exégesis entre el amor al prójimo, el amor a D-os y el amor al cónyuge: la que es diferente de ti, por definición, es la esposa.

CONCLUSIÓN DEL RAV

El reá es el que es diferente. Es aquel con quien debo entenderme, es aquel que va a completarme.

LECCIÓN PARA LA MESA

Elegimos de buena gana a nuestros amigos a nuestra imagen. ¿Quién, en nuestro entorno, nos irrita por su diferencia — y qué podría aportarnos que ninguno de nuestros semejantes nos aportará? En nuestra pareja, ¿sabemos amar al otro precisamente porque no es nosotros?

Los príncipes que llegaron demasiado tarde



PRESENTACIÓN

Los jefes de tribu habían calculado: dejemos que el pueblo dé, no lo logrará, y nosotros completaremos. Al cabo de dos días, el pueblo había dado más de lo necesario. No quedaba nada para ellos. Y sin embargo, son ellos quienes traerán el aceite.

LA PREGUNTA

¿Qué perdieron los príncipes al esperar para colmar la carencia de los demás — y por qué se les dejó de todos modos el aceite?

LA RESPUESTA

«Y los príncipes trajeron las piedras de shoham... y el aceite para el alumbrado y para la unción» (Shemot 35:27-28); Rashí: la palabra nesiim está escrita allí sin yud.

Estos jefes, dice el Rav, habían mostrado cierta arrogancia hacia el pueblo en el momento de la colecta. Pero al cabo de dos días el pueblo había dado más de lo necesario, y cuando los príncipes quisieron aportar su contribución, no quedaba nada para ellos: no hacía falta. Entonces el texto les quitó una yud. Solo pudieron traer las piedras preciosas que el kohén llevaba en su pectoral, el pectoral del juicio, por medio de las cuales hacía participar a todo el pueblo de Israel en la expiación de sus faltas.

Ahí recibieron su lección: no hay ningún desprecio que mostrar, en la vida espiritual, hacia el pueblo. Todo el mundo podía realizar a su medida, e incluso más de lo que podía aportar un príncipe.

Sin embargo, se les dejó un favor. Estos príncipes eran jajamim, hombres impregnados de una gran ciencia, que se habían afirmado no por sus bienes sino por su conocimiento. Son ellos, pues, quienes trajeron el aceite de la unción y el aceite de la menorá para la inauguración del santuario. Porque lo importante en el santuario era el conocimiento que emanaba del servicio cumplido.

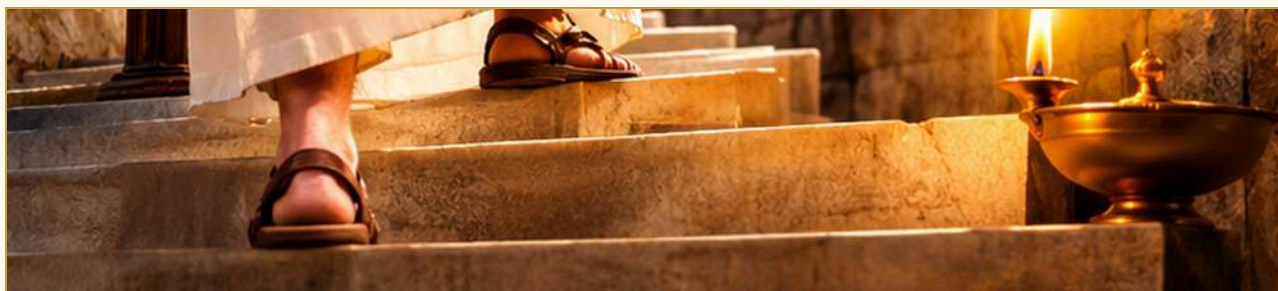
CONCLUSIÓN DEL RAV

En la vida espiritual no hay ningún desprecio que mostrar hacia el pueblo.

LECCIÓN PARA LA MESA

Es tentador reservarse para las grandes ocasiones, diciéndose que sin nosotros nada se hará. ¿Dónde hemos esperado en lugar de actuar enseguida? ¿Y qué «aceite» — un saber, una competencia — podemos aportar desde esta semana?

Tres escalones para una lámpara a la altura del hombre



PRESENTACIÓN

La menorá era de dimensión humana: el kohén solo tenía que extender la mano. Sin embargo, debía subir a una piedra de tres escalones e inclinarse para encenderla. Y la menorá era la única desigualdad del santuario.

LA PREGUNTA

¿Por qué las luces de la menorá están vueltas hacia el centro — y por qué el kohén debía subir para encender lo que estaba a su alcance?

LA RESPUESTA

«Las siete lámparas alumbrarán hacia la cara de la menorá» (Bamidbar 8:2); «una piedra delante de la menorá, con tres escalones» (Mishná Tamid 3:9).

Allí donde el medio ciclo imponía la igualdad, dice el Rav, la desigualdad estaba en la menorá. Sus siete brazos representaban los siete días de la creación y las siete ciencias que forman la suma del conocimiento del mundo. Pero los seis brazos, tres de un lado y tres del otro, dirigían sus luces hacia la luz central, la del Shabat. Todo está orientado hacia ese eje: es la ciencia del Shabat la que enciende todas las demás ciencias.

Lo importante en el santuario era el conocimiento que emanaba del servicio cumplido. Su base estaba en las tablas de la ley, dentro del arca; pero lo esencial era la interpretación de la ley oral, hecha por los hombres que habían profundizado en la ley y que tenían a su cargo su protección y su preservación: los kohanim.

Por eso el kohén encendía la menorá con un sentido de humildad. Era de dimensión humana, solo tenía que extender la mano; pero no, tenía que subir a un escalón de tres escalones para inclinarse y encenderla. Y la menorá se encontraba a la entrada del Santo de los Santos: encarnaba la puerta del pueblo en el santuario.

CONCLUSIÓN DEL RAV

Es en un estado de humildad como se podía efectivamente innovar en la ley, sin salir de sus límites.

LECCIÓN PARA LA MESA

Es fácil zanjar una cuestión simplemente extendiendo la mano. ¿Cuándo hemos dado una opinión sin habernos tomado la molestia de subir y luego inclinarnos? ¿Y hacia qué luz central están vueltos nuestros diferentes talentos?